





ROBIN SCHWARTZ

Animal affinity

Madre e hija forman un tándem creativo en el que es difícil precisar dónde acaba una y comienza la otra. Con una Mamiya 220mm y una bolsa de carretes, Robin Schwartz y la pequeña Amelia recorren Nueva York en busca de canguros, chimpancés y camellos.



Elmo, Amelia and Abu





Louie



Pete

Un viaje en coche a través de sueños y mitos. Del Hamptons de Long Island a los Montes Adirondack del norte del estado, parando siempre en un dinner de carretera para comer algo y estirar un poco las piernas. Amelia pertenece al género Langstrump de niñas que se acuartelan en la infancia de un modo ufano y temerario. Atiende al mundo con un ingenuo ensimismamiento, muy de los nueve años, que alterna a ratos con la pose de aquellos a quienes el espectáculo cotidiano de la naturaleza les sorprende muy a pesar de la puntualidad y el efectismo con que se repite. Niños a los que la reposición de la vida les inquieta incesantemente, pues cada vez que acuden a ella identifican algunas formas y aires rudimentarios que, por un momento, les unen en vínculo fraternal con seres primitivos y criaturas salvajes.

En un bosque de hojarascas, sin atisbos de civilización, un antílope se detiene a pocos metros de Amelia. La huele un rato con las orejas erizadas entre la cornamenta, husmea después su mano menuda y, antes de huir, le atusa el pelo de un rebufo que se esparce como confeti en el aire. La niña contiene el gesto y sólo cuando el animal queda ya lejos del objetivo de la cámara, en un alarde de terna profesionalidad, lo despidе con la mano todavía llena de babas. “En el mundo que compartimos Amelia y yo, la línea que indica qué es animal y qué es persona es difusa y borrosa”.

Robin Schwartz y Robert Forman viven en Hoboken, Nueva Jersey, frente al horror vacui argamasado de Manhattan. Él es pintor y, como su mujer, ha encontrado en su hija una fuente incombustible de ideas. Comparten piso con dos perros, Rebecca y Nora, y tres gatos, Nathaniel, Jacob y Hannah. Razas aparte, estas mascotas de resonancias bíblicas ostentan un pedigrí difícilmente superable por el resto de cuadrúpedos que habitan la zona. Algunos de sus posados junto a la niña se exhiben en el Metropolitan, junto a Central Park, en el Museo de Arte Moderno de San Francisco o en la Biblioteca Nacional de París. “Empecé en esto de la fotografía con una Kodak Instamatic cuando tenía diez años. Entonces el único tema de mis fotografías era mi gato”. Después de 25 años viviendo de la profesión, como autora reconocida y profesora de la Universidad de William Paterson, asegura que el mayor reto hasta el momento ha sido fotografiar a su hija. “La maternidad es un elemento fundamental de mi obra, una nueva dimensión. Amelia es mi prioridad, mi musa, mi tormento, mi éxtasis. Trabajando con mi hija puedo viajar a cualquier lugar en el tiempo”. La pequeña suelta una sonante carcajada mientras acaricia al viejo Nathaniel. La complicidad se puede cortar a rodajas. “Se podría decir que a través de Amelia me fotografío a mí misma”. Se intercambian una mirada, rápida como un plumazo. “Las dos somos hijas únicas. Entre ambas damos rienda suelta a las excentricidades de un mundo en el que los animales no sólo coexisten con nosotros, sino que se relacionan”. Hitchcock tenía para sí un consejo que con el paso de los años se convertiría en el sine qua non de sus rodajes: prescindir de los favores de los niños, animales o Charles Laughton, quien a menudo resultaba demasiado espontáneo. Robin nos explica que, para conjugar niños y animales en una mismo espacio, lo mejor que le puedo ocurrir es un día nublado. No lo llega a matizar, pero quizá se refiera a que la infancia transcurre entre los filosos márgenes de paisajes fabulescos, esfumados por un desenfoque gaussiano, fuera de los cuales la inocencia se va desgranando y la vida resulta más monótona que un catálogo de planchas. Amelia parece disfrutar tanto como su madre con las sesiones fotográficas y, no conforme, trata de aportar nuevas ideas. Según los dueños de alguna de las dóciles fieras, que ayudan a preparar la tramoya rural, tiene un áurea especial que sus compañeros de reparto saben ver. Su madre nos cuenta que las mejores escenas llegan cuando Amelia improvisa con los animales, ante los que no muestra ningún síntoma de acobardamiento, ya sea junto a alguno de sus perros o columpiada en la trompa de un elefante, no hace mucho, en Canadá. En todos estos años, se ha contado un único incidente, del que prefieren no hablar, pues todo quedó en un susto. “Aunque sigo algunos consejos de los propietarios que me acompañan, no tengo ningún tipo de control sobre lo que va a ocurrir. Lo máximo que puedo hacer es tirar y tirar fotos”. Toma aire y concluye: “Todas las que me puedo permitir económicamente”. Utiliza formato medio y película analógica que luego escanea, un proceso que resultaría prohibitivo para un bolsillo aficionado. En cuanto a incluir bestias a mano, troqueladas con PhotoShop, no se declara devota ni experta del retoque digital. “Uso PhotoShop como cualquier otro podría usar el cuarto oscuro. Creo que las herramientas tecnológicas son parte de la fotografía. Pero debo aclarar que no hago cambios drásticos, ni incluyo animales



Carriage house waterfalls

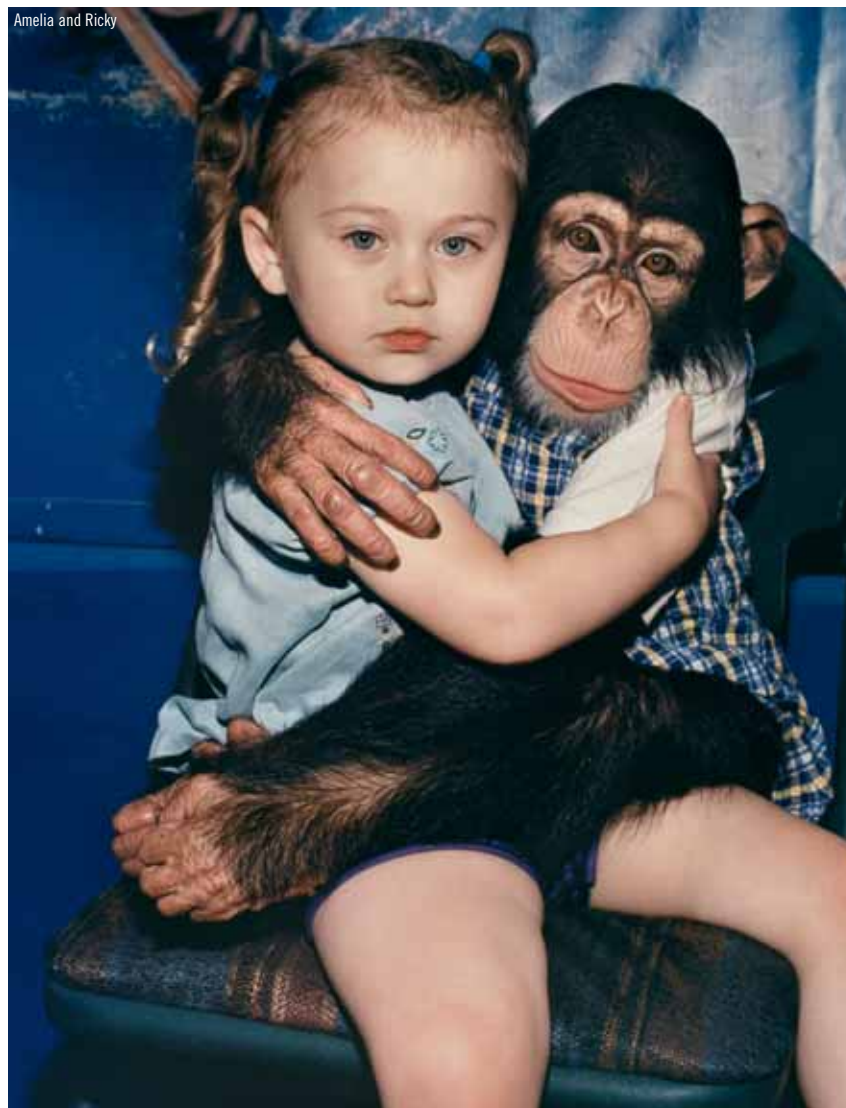
donde no los había. Casi me limito a hacer ajustes de impresión”.

Cuando le pregunto por sus influencias, diestra en el lance, suelta una barahúnda de la que logro rescatar, a posteriori, algunos nombres. August Sander, Joel Sternfeld, Eugene Smith, Robert Polidori, Sally Mann, Mary Ellen Mark y algunos pintores clásicos, de Da Vinci a Velázquez. Si el controvertido Alan Abel proponía vestir a los animales para “convertirlos en seres decentes”, Robin Schwartz huye del tapujo y se detiene con su cámara justo en el cruce de caminos. Para muestra, su anterior proyecto, Like Us, donde una treintena de primates domesticados, más astutos que los magnani de Burroughs, practican toda clase de bizarreces, desde carreras a lomos de un bulldog hasta el clásico lanzamiento de útiles de salón. El parecido es tan obsceno que genera una confusa excitación en el espectador, como cuando reconocemos un rasgo familiar entre la multitud de un vagón en marcha.

De estos escauceos con el más lejano abolengo surgió la idea de fotografiar a Amelia como una frágil amazona. “No fue nada premeditado. Le hice, claro, algunas fotos, como cualquier padre habría hecho”. Las muertes casi sucesivas de la madre y suegra de Robin fueron determinantes en el desarrollo del proyecto. Le hicieron reflexionar sobre la maternidad y la importancia de los vínculos de reciprocidad con los hijos. “Durante ese época, mi hija se convirtió en mi salvavidas. Me permitió hacer frente a mi dolor y me ayudó a superar las ausencias de los más importantes miembros de la familia. Más allá de mi hija y mi marido”. Fue un periodo de aprendizaje, una inmersión en los recuerdos más remotos. “Mi padre murió cuando tenía 17 años y no tuve la oportunidad de saber qué tipo de persona era”. Después de unos meses, aparecieron sus primeras fotografías a color como una inyección de optimismo. “Todos mis trabajos anteriores son en blanco y negro. Reservaba el color para mis colecciones personales”. A través de unos amigos, se puso en contacto con Tim Barber, editor que no tardó en ere-

[sigue pag. 114 >>](#)





Más info: www.robinschwartz.net

sigue >> sarse por su obra, incluyendo parte de sus colecciones en el Festival de Fotografía de Nueva York y en un libro de la Fundación Aperture. El monográfico Amelia's World se publicará en octubre.

Al preguntarle por nuevos proyectos, reconoce no haber cogido la cámara en todo el año. "Necesito espacios abiertos, el aire libre. Mi dedicación se ve interrumpida durante las épocas de frío. Estoy empezando a disparar ahora que han acabado las clases... Fotografiaré todo el verano y lo que el otoño me permita". Entre la jumanji de animales frente a los que ha clavado su trípode, echa en falta alguno. "Me gustaría poder fotografiar murciélagos". Lo que no sabemos es si, dada la naturaleza del bicho, Amelia se prestará a ello. "Cuando ya no quiera seguir participando en el proyecto, probablemente me centraré de nuevo en los animales". Antes de irme, le pregunto a Amelia qué le gustaría ser de mayor. Ya la imagino con una cámara colgada al cuello cuando remata: "Me gustaría ser primatóloga".

TEXTO: BENJAMÍN GARCÍA-ROSADO



Belgium 6,50€
España 3€
France 8,50€
Germany 9€
Greece 6,50€
Italy 6€
Portugal 4,95€
UK 5 £

